

SE EXTRAÑABA GUMBAO

Para mí, el momento culminante de cualquier convocatoria tarbenera es siempre el chiste de mi doctora preferida. Ya sé que hay otros momentos igualmente inolvidables..., para otros; cada cual cuenta la historia según le ha ido. Es posible incluso que alguno, tras el acto, quede para no contarlo. También sé que he de explicar al menos dos cosas: primera, por qué para mí es éste y no otro el momento culminante; segunda, por qué la cuentista es mi doctora preferida (ya que la señora está casada y podría malinterpretarse).

La primera, la verdad, es que si no fuera por los celos profesionales de *Miquel Night* (él se cree la verdadera estrella de la noche estrellada) no merecería ni dos líneas: basta observar las caras de expectación del auditorio cuando supone que llega ese momento álgido y caliente. Sobre todo, ¡hay que ver la cara que pone el esposo!

La segunda ya merece una explicación más abundante:

Por supuesto que todo el mundo sabe ya, a estas alturas de Tárbeno (que seguramente es uno de los pueblos más altos de la escarpada orografía alicantina), que nuestra doctora es pediatra, no geriatra; pero Gumbao ni se enteraba. Y es que un servidor, aunque viejo, es como un niño.

Todos los presentes en estas conocidas convocatorias, desde siempre, han podido comprobar el salaz dominio del francés que practica la doctora. Es evidente que este verdadero arte del francés no lo ha aprendido de sus infantiles pacientes, y a los gustadores de ese fino erotismo que destila cuando llega el clímax nos da que pensar dónde y en qué circunstancias ha podido aprenderlo tan bien. En eso consiste el erotismo: en el secreto y el interés por descubrirlo. Pero Gumbao seguía sin enterarse.

Lo que no todos saben, pero ella sí –que es lo que importa–, es que a mí me basta con mirarla. Ni siquiera necesito un baile de salón, como el que recuerdo en una cala de Menorca, porque ya no estoy para esos trotes: imposible resistir las sospechosas miradas de su esposo mientras ella me llevaba y me traía con la soltura de una consumada bayadera (uno es torpe también para el baile de salón). Llegado este momento, Gumbao ya llevaba consumida media botella de ron y no entendía nada.

Como es conocido, nuestra docta amiga, es menuda de cuerpo (¡menudo cuerpo!) y guapilla de cara, una cara de finos y delicados rasgos, capaz de ocasionar un incendio con su pícara mirada sin embargo. Pero también su físico merece una descripción, porque estoy seguro de que no todos ni todas la vemos igual (desde luego, estoy seguro de que mi percepción difiere de largo de la de su esposo, no sé en que medida). Ya se sabe que es el

cerebro el que ve, el que siente, el que disfruta o sufre, según, y hay cerebros y cerebros: el mío –también es sabido- es muy calenturiento. La chica sabe perfectamente el terreno que pisa, para no pisar nunca a nadie (la verdad, no sé como su marido puede sentirse pisado alguna vez). Pero no me negarán que en el chiste del *capot noir* se crece, aumenta su libidinosa expresión, se desinhibe, se transforma en una auténtica coqueta -ella, tan recatada y poco presumida de por sí-. Conforme avanza el corto y lúbrico relato, redobla la picardía y la sal de su francés, mantiene enhiesta la atención (para otras cosas ya no estamos) con las poderosas armas de su sexo, mientras los oyentes -no importa el sexo- abren la boca, extasiados, esperando el maná de la culminación. A todo esto, Gumbao ya ha terminado su botella de ron, y ríe con esa risa tonta del pedorro fulminante. Ríe porque ve que los demás ríen, pero no se ha enterado de nada. Como es portugués, acaba de descubrir que el francés es un idioma.

«Admirose un portugués/ de ver que en su tierna infancia/ todos los niños en Francia/ supieran hablar francés...»

De los efectos colaterales de la moña de nuestro amigo Gumbao, tal vez puedan decirnos algo los municipales de Benidorm. Él, como siempre, fue el último en enterarse.

Pero esa es ya otra historia.